

INTRODUCCIÓN

Esta carpeta va a tratar el teatro clásico griego pero ¿Por qué y para qué estudiamos la historia de un pueblo griego, que vivió hace muchos siglos en un lugar de la tierra tan distante de nuestro país? Además, tampoco existe una historia de Grecia así como existe una historia de Chile, pues los griegos nunca lograron formar una nación y vivieron eternamente desunidos.

A pesar de lo dicho, la historia del pueblo griego debe interesarnos, porque la sociedad en que vivimos y la cultura de nuestro tiempo tienen una estrecha relación de parentescos.

En Grecia nacieron las ciencias tales como las entendemos y cultivamos. Allí nacieron las matemáticas, especialmente la geometría, la astronomía y la física como estudio desinteresado del mundo y de los fenómenos que en él se desarrollan. Un griego fue el creador de la historia, de esa ciencia que investiga el pasado para averiguar por qué somos así como somos y no de otra manera.

Los griegos crearon las instituciones políticas que los pueblos siguen usando para gobernarse a sí mismos y que conocemos con el nombre de democracia, es decir, el gobierno del pueblo por el pueblo y la posibilidad para todos de dedicar sus esfuerzos al gobierno del estado, sin consideración a su nacimiento o a sus medios de fortuna, teniendo en cuenta únicamente su capacidad y su preparación. Si no hubieran existido los griegos nuestra civilización y nuestro modo de ser serían muy diferentes de lo que son.

Por todo esto, es importante la cultura griega, y por eso no nos fue tan de mal gusto estudiarla un poco más.

A parte la información que agregaremos hablaremos sobre lo que es el teatro griego y de sus orígenes también hablaremos sobre el dios Baco, al cual estas obras fueron dedicadas y para quien también fueron representadas, además agregaremos información de los máximos representantes del teatro griego, también escogimos una crítica sobre Sófocles y su obra Edipo Rey y a la vez añadiremos un resumen del mismo.

Teatro Clásico

Un nuevo género literario –el teatro– nació en Grecia en el siglo VI a.C.

El teatro griego proviene de las fiestas dionisiacas, que eran, según se ha visto, una celebración religiosa. En aquellas el coro de sátiros, formada por jóvenes vestidos con pieles de cabra, que acompañaban al cortejo con el cual se celebraba la resurrección de Dionysos, hacía demostraciones ruidosas, en medio de danzas y cánticos, a uno de ellos que simulaba ser aquel dios, y entre éste y el coro se entablaban así diálogos, que tan pronto eran de dolor, recordando su muerte, como de júbilo cuando festejaban su resurrección con la primavera. En esos diálogos está en germen el teatro griego. Los poetas, recogiendo aquella costumbre, escribieron diálogos y escenas que eran representados por un actor– a veces el mismo poeta– y un coro. En ellos se exaltaban las hazañas de los dioses, las leyendas de la mitología, las tradiciones helénicas: tal fue la tragedia, cuyo nombre trasluce su origen (tragoidia, que literalmente significa canción de las cabras); o bien fue la comedia, cuando la representación se proponía solamente entretener por medio del ridículo y de la burla.

El teatro era un espectáculo al aire libre. Comenzaba por la mañana y seguía hasta la puesta de sol, pues algunas obras, especialmente en los primeros tiempos formaban una serie de tres tragedias (trilogía) que se vinculaban estrechamente.

El número de actores fue aumentando sucesivamente, pero nunca llegó a ser mayor de cuatro; el coro formábanlo 15 personas en las tragedias y 24 en las comedias. No había actrices: los papeles femeninos eran

desempeñados por hombres. Los actores trabajaban en un escenario, que era una especie de plataforma cerrada hacia atrás por un muro, a veces decorado. Vestidos con ropas suntuosas en las tragedias y vulgares para la comedia, los actores poníanse siempre una máscara; y ésta, si bien adecuada para caracterizar al personaje, presentaba los rasgos y la boca exagerados con lo cual la voz adquiría mayor sonoridad. El coro se colocaba en un espacio semicircular (orchestra), situado delante del escenario y alternaba con los actores mediante diálogos, danzas y cantos apropiados que tenían por objeto realzar el sentido de la obra representada. Los actores llevaban un calzado especial (coturno), con altas suelas que elevaban su estatura; ésta práctica era, sin duda, un vestigio de los primeros tiempos, en que el actor y el coro se mezclaban en un solo recinto, y entonces aquél apelaba a ese recurso para ser distinguido. En las tragedias el desenlace final de la obra anunciaba a menudo un dios que descendía al escenario por medio de una grúa (mechane): el dios que sale de la máquina, que decían los griegos, y el deus ex machina de los romanos.

El público sentábase en graderías escalonadas, que formaban hemicírculo alrededor de la orchestra. Millares de personas de todas las clases sociales acudían al teatro; y desde la época de Pericles, los que no podían pagar la pequeña cuota de entrada percibían del Estado la ayuda necesaria.

Hasta el siglo IV los teatros eran de madera, y tanto el escenario como las graderías se desmontaban; pero luego se edificaron de piedra y mármol, para lo cual, dada la forma semicircular y ascendente del conjunto, se utilizó de preferencia la falda de una colina, excavándola de modo que la construcción quedara adosada a ella.

La organización y el funcionamiento del teatro eran de asunto de interés público y estaban a cargo de uno de los arcontes. Para seleccionar las piezas que debían ser representadas realizábanse concursos públicos en los cuales se ensayaban ante un jurado. Los poetas premiados recibían como símbolo honorífico una corona de hiedra. Los actores eran también seleccionados mediante concursos públicos. Un ciudadano rico tenía a su cargo (chorega) los gastos de la representación.

Los poetas trágicos más famosos son Esquilo, Sofocles y Eurípides. Todos ellos escribieron en Atenas durante el transcurso del siglo V a.C. Su producción fue abundantísima, pasando a veces del centenar de obras; y aunque sólo se ha salvado una mínima parte, sus magníficas cualidades literarias han colocado a aquellos poetas entre los dramaturgos más insignes de todos los tiempos.

Esquilo (525–456) Se inspiró en los temas de la mitología: sólo en una de sus tragedias lleva a la escena otros acontecimientos: en los Persas, que tiene como asunto la derrota sufrida por éstos en las Guerras Médicas. Esquilo refleja la edad heroica, el ambiente de los primeros tiempos, y él mismo dice con singular modestia que sus obras no son sino migajas de la mesa de Homero. Sus personajes son dioses que encarnan pasiones tormentosas, seres sobrehumanos dominados por una fuerza irresistible, la Fatalidad, que los arrastra a cometer crimen tras crimen. Hablan un lenguaje sonoro, grandilocuente, cargado de metáforas; pero la fuerza trágica de las escenas impresiona y entusiasma a los oyentes.

Eurípides (480–406) se dedica por entero a pintar los dramas de la vida real, los problemas y las pasiones que agitan a sus contemporáneos atenienses, y en sus labios pone entonces reflexiones morales y filosóficas. La acción de los actores es lo principal; y el coro se limita a presentar, a manera de introducción, un monólogo explicativo.

La comedia griega es una pieza destinada a divertir al público. Para ello se exhibe a los hombres en caricatura, se presentan escenas grotescas, situaciones que por absurdas mueven a la risa.

Aristófanes (445–385) es el más celebrado autor de este género. Hizo una sátira de cuanto le rodeaba: de algunos personajes atenienses, de los litigios interminables ante los tribunales, de las tendencias demagógicas e imperialista de la sutileza de los sofistas y de otras características de su tiempo. El público gustaba de él y festejaba tanto la farsa grosera como la fantasía creadora de su extraordinario ingenio.

El teatro griego pasó a Roma y luego se extendió a todo el Occidente. La influencia de los mencionados autores fue enorme en ese desarrollo ulterior, especialmente la de Eurípides, dada la naturaleza universalmente humana de los asuntos que le sirvieron de tema.

EL DIOS BACO

Baco, dios del vino, era hijo de Júpiter y Semele; nació en la isla de Naxos y mercurio le llevó a Arabia a la mansión de las ninfas de Nisa, que cuidaron de alimentarle en aquellas montañas. Sileno le enseñó a plantar la viña y las musas le instruyeron en el canto y la danza.

Cuando los Gigantes escalaron el cielo, Baco, tomando la forma de un león luchó contra ellos con tanto éxito como bravura. Júpiter le excitaba a la lucha gritándole.

Llegado Baco a su mayor edad, emprendió la conquista de India. Formaba la expedición un grupo de hombres y mujeres que no tenían armas sino tirsos, címbales y tambores; a su cabeza iba el mismo Baco. Pan, sileno, los Sátiros, los coribantes y Aristeo, que inventó la miel, formaban su séquito. Esta conquista no costó una gota de sangre: los pueblos se sometían gozosos a un conquistador tan humano que les daba leyes sabias, le enseñaba el arte de cultivar el campo y les iniciaba en la elaboración del vino. Un día que atravesaba los arenosos desiertos de Libia, sintiéndose acosado por una sed ardiente, imploró la ayuda de Júpiter y al momento el príncipe de los dioses hizo surgir un carnero que condujo a Baco y sus huestes a una fuente de límpidas aguas donde pudieron apagar la sed. Lleno de gratitud mandó levantar en aquel lugar un templo en honor de Júpiter–Ammón, que pronto se hizo célebre, y a él acudían de todas las partes del mundo infinidad de adoradores, por más que. Para llegar hasta allí, fuese preciso atravesar un desierto inmenso y abrasador.

Cuando baco volvió a Gracia desposóse con una de las hijas del sabio Minos, rey de Creta, llamada Ariadna, que había sido abandonada por Teseo en la isla de Naxos.

A pesar de su natural benevolencia, Baco castigó sin reparos a todos aquellos que se negaron a reconocerle por dios o que se mostraron ingratos a sus beneficios.

Las mineidas y Licurgo experimentaron los fatales efectos de su ira.

Las Mineidas eran tres: Irirs, Climena y Alcitoé. Diestras en las labores del bordado y la tapicería buscaban en el trabajo su más placentero entretenimiento. Por aquel entonces debía tener lugar la solemne festividad de Baco, en la cual todos los habitantes de Orcomenes tomaban parte. Solamente las Mineidas, despreciando el extraño culto, no quieren abandonar sus lanzaderas ni sus husos, mostrándose más exigentes que de costumbre con sus esclavos, y queriendo mofarse del traje exótico de las bacantes, ridiculizan las pieles con que se disfrazan, el tirso que agitan en el aire y las coronas con que ciñen su frente. Ni los consejos de sus padres ni las amonestaciones de los sacerdotes ni las amenazas con que les conminan en nombre de Baco pueden apartarlas de su resolución; muéstranse más y más obstinadas en no interrumpir su trabajo y, valiéndose del pretexto de complacer a Minerva, diosa de las Artes, roban a Baco las horas que le están especialmente dedicadas.

Derepente y sin que vean a nadie, perciben las Mineidas un confuso estrépito de tambores, flautas y trompetas; invade su estancia un fuerte olor de mirra y azafrán, cúbrese de verdor la tela que ella tejen y brota entre sus telares un tronco de vid; el palacio se estremece y tiembla, paréceles como si en sus habitaciones brillaran antorcha encendidas y escuchar el aullido de bestias feroces. Asustadas ante este prodigio y envueltas por una nube de humo, las mineidas intentan huir, y mientras se afanan por buscar el rincón más escondido de su palacio para ocultarse, advierten que una piel finísima cubre sus miembros y junto a cada uno de sus brazos nacen unas alas pequeñas y transparentes. Entonces pueden ya sostenerse en el aire aunque carezcan de plumas, y cuando pretenden hablar sólo pueden arrancar de su garganta un grito horrísono que es la única voz que les queda. Convertidas en murciélagos rondan alrededor de las casas, pero no habitan nunca en los

bosques; huyen de la luz y aprovechan la oscuridad de la noche para salir de sus guaridas y tender el vuelo.

Licurgo, rey de los edones de Tracia y amigo de Baco, había ayudado a este dios a plantar la viña en las riberas del río Estrimón; pero un día que había bebido excesivamente, ignorando los efectos del nuevo licor, emborrachose profiriendo insultos contra su madre y apaleando a su hijo. Desde ese momento declaróse enemigo irreconciliable del vino, opúsose con todas sus fuerzas a la propagación de la vid, cortó las cepas que tapizaban las laderas de su territorio y dio a sus súbditos la orden de que siguieran su ejemplo. Baco no pudo ver impasible actos que él consideraba impíos, y arrancando de su corazón los sentimientos de amistad que le unían a Licurgo, mandó que este rey fuera arrastrado hasta lo más profundo de los bosques del monte Pangeo, y después de haberlo sujetado a un árbol lo abandonó a las bestias feroces.

Las fiestas de Baco se llamaban orgías o bacanales, y las mujeres que tomaban parte de ellas recibían el nombre de bacantes, ménades, tíades y basárides.

Un rito principal de estas fiestas consistía en vestirse con pieles de machos cabríos, tigres y otros animales, ya domésticos ya salvajes. Los que en ellas tomaban parte pintarrajeábanse con sangre, con heces de vino tinto o con jugo de moras. Disfrazábanse como si se hubiera tratado de celebrar una mascarada; corrían de acá para allá gritando estentóreamente como si estuvieran frenéticos y rivalizando en el escándalo y en la locura. Para remendar la persona del dios Baco escogíase un corpulento mancebo bien puesto de carnes y jacarero, el cual se instalaba en un carro tirado por los finbuidos tigres, mientras que los machos cabríos y las cabras brincaban a su alrededor a modo de faunos y sátiros. El anciano que representaba a Sileno iba montado en un asno a la retaguardia del cortejo y por su talante grotesco excitaba la risa de los espectadores. Estas fiestas tumultuosas se celebraban principalmente en Tebas y en la cima del monte Citeron, y también en Tracia sobre los montes de Ismare y Rodope.

Penteo, rey de Tabas y nieto de Cadmo. Veía con profundo dolor las desenfrenadas licencias aunque las orgías daban lugar, y queriendo, al fin, acabar con ellas, se personó un día sobre el monte Citerón resuelto a castigar a las bacantes y su abominable cortejo; pero las furiosas mujeres entre las que se hallaba su madre Agavé y sus tías, se echaron sobre él y lo mataron.

Baco es representado bajo la figura de un joven imberbe, fresco, mofletudo, coronado de hiedra o pámpanos, llevando un tirso en la mano, o bien un racimo de uvas o una copa; una piel de leopardo le sirve de vestido. A veces aparece descansando a la sombra de una parra, otras sentado en un tonel; en ocasiones le representan montado en un carro tirado por tigres y leones y muy a menudo le pintan provisto de cuernos como símbolo de fuerza y poder. Los griegos le imitaban la urraca, por que el vino produce indiscreción y sobre todo or que este animal destruye los botones de la vid. La hiedra era su planta favorita, por creerse que tenía virtud de impedir la borrachera o de aminorar sus abominables afectos.

Entre los nombres aplicados a Baco por los griegos y por los romanos, merecen ser conocidos los seis principales. El nombre de Dioniso o Dionisio que se le da, es una palabra de origen muy discutido; llámábase también Liber, o sea Libre, por que el vino, alegrando el espíritu del hombre, le libra momentáneamente de toda preocupación y le da cierta libertad de palabras y acciones. Evius, palabra sacada de la exclamación ¡Evohé! que empleara Júpiter para animar a su hijo mientras luchaba contra los gigantes, Lacchus que proviene de un verbo griego que significa gritar, por el que se quería indicar el clamor de los borrachos y los ensordecedores estrépitos que resonaban en las ternas; Thyoneus, del nombre Thyoné que llevó Semelké, madre de Baco, después que Júpiter la retornó a la vida y fue admitida en la mansión de los inmortales; finalmente Leneus, es decir, dios de los lagares, por ser de ellos el inventor.

Algunas veces los poetas la han aplicado el sobrenombre de amante de Erigona, elegante denominación cuyo origen es el siguiente:

Erigona, hija de Icario, rey de Laconia, era hermana de Penélope, y, como ella, tenía un carácter tímido,

circunspecto y reservado. Cuando Baco recorría los diversos países de Grecia, detúvose un día en los estados de Icario, al que enseñó el arte de mejorar el cultivo de la vid y obtener plantíos de superior calidad. Erigona, que era entonces joven y hermosa, cautivó al momento el corazón del dios, quien apeló a todos los medios para agradarle y desplegó todos los recursos de un espíritu jovial y los encantos de una conversación amena y chistosa para hacerse amable a los ojos de la doncella. Pero ¡ay! perdía tiempo. El porte rumboso del dios vendimiador, su tono caballeresco, sus originales ocurrencias, sus eternas coplas, resultaban en extremo antipáticas a la modesta joven, la cual se sentía más distanciada del dios cuanto más persistentes eran sus homenajes. Apenas pronunciaba palabra para hacrele alguna declaración o una simple cortesía, sonreíase ella compasivamente y dejaba al dios que acabara solo su arenga. Parecía perdida ya toda esperanza de que las palabras del dios mereciesen atención alguna, y el vencedor de la India, vencido a su vez por aquella mujer, iba a partir con el alma acongojada, cuando se dio cuenta de que a Erigona le gustaban las uvas locamente y de que se escapaba todas las tardes para ir al campo y hartarse de ellas a su gusto. Al descubrir esta adición de la joven corre a la viña de Icario, colócase junto al camino por donde la princesa ha de pasar y toma la forma de un espléndido racimo encarnado prendido a una vid. Llega Erigona y al ver la luz del crepúsculo el racimo tentador, corre hacia él y lo arranca. Baco retorna inmediatamente a su anterior estado y consigue al fin que la bella indiferente se digne escuchar su declaración tantas veces empezada y no acabada jamás.

EDIPO REY

Edipo uno de los príncipes más desventurados que han existido, era hijo de Layo, rey de Tebas, y de Yocasta.

Eran esposos, poco antes de serlo, consultaron al oráculo de Delfos, que les advirtió que el hijo que tuvieran llegaría a ser asesino de su padre y esposo de su madre. Layo, al nacer su primer hijo y para evitar que tan terrible pronóstico se cumpliera, encargó a uno de sus íntimos que matase al niño; pero el servidor, luchando entre la lealtad que debía a su rey y el instintivo horror que le causaba el cumplimiento de la orden recibida, se limitó a perforar los pies del nuevo ser y a suspenderlo, con una correa, de un árbol del monte Citerón. Forbas, que apacentaba los rebaños de Polibio, rey de Corinto, atraído por los lamentos del niño, se hizo cargo de él, lleno de compasión, y lo entregó a Polibio, cuya esposa Peribea acogió amorosamente al niño y lo adoptó como hijo con el nombre de Edipo.

Apenas contaba Edipo catorce años y ya los oficiales de la corte habían admirado en muchas ocasiones su fuerza y su destreza. En todos los juegos gimnásticos salía vencedor, excitando de tal manera la envidia de sus compañeros, que uno de ellos para mortificarle echó en cara que sólo era un pobre expósito, un hijo adoptivo.

Atormentado Edipo por tal reproche empezó a sentir escrúpulos sobre su nacimiento, y en diversas ocasiones lo inquirió; lleno de ansiedad, de la que siempre había tenido por madre; pero Peribea que le amaba entrañablemente guerdóse mucho de aclarar sus dudas; muy al contrario, esforzándose en persuadirle de que era su hijo. A fin de obtener sobre ello toda la certeza que deseaba, Edipo fue a consultar al oráculo de Delfos, obteniendo por respuesta el consejo de no retornar jamás a su país natal si no quería ocasionarle la muerte a su padre y desposarse con su madre. Conmovido por estas palabras, resolvió no volver jamás a Corinto que él consideraba su patria, y angustiado partió camino de la Fócide. Llegado que fue cerca de Delfos, encontró un camino cuatro personas, entre las cuatro había un anciano sentado en un carro que le mandó con arrogancia que se apartara a un lado para dejarle el paso libre, acompañando el mandato con un gesto amenazador. Entrablóse una disputa, echaron mano a las espadas y Edipo mató al viejo sin conocerle: este anciano era Layo.

Después de esta catástrofe que privaba a la ciudad de su rey, una calamidad inaudita desoló toda la comarca: era la Esfinge. Este monstruo tenía la cabeza, la cara y las manos de doncella, la voz de hombre, el cuerpo de perro, la cola de serpiente, las alas de pájaro y las garras de león. Situábase en la cima de una colina, junto a Tebas, detenía a todos los caminantes que por allí pasaban y les proponía un enigma capcioso, devorando a los que no acertaban a resolverlo. Muchos millares de desgraciados habían perecido allí. Creonte que entonces reinaba, sacrificando su propio interés al interés del pueblo, anunció en toda Grecia que concedería la mano de

Yocasta y la corona de Tebas al que librara la Beocia de esa calamidad. La muerte de la Esfinge dependía de la explicación de un enigma que había planteado en estos términos ¿Cuál es el animal que por la mañana tiene cuatro pies, dos al mediodía y tres a la tarde?

Edipo cuya sagacidad corría parejas con el amor a la gloria, presentó al monstruo, escuchó el enigma y respondió sin titubear: ese animal es el hombre, que en su infancia anda sobre sus manos y sus pies, en la edad viril solamente sobre sus pies y en su vejez ayudándose de un bastón como si fuera un tercer pie. La Esfinge, furiosa al ver descifrado su enigma, lanzóse desde el peñasco donde se hallaba y se rompió la cabeza contra el fondo del precipicio.

Edipo después de salvar a Tebas subió al trono y tomó a Yocasta, de la cual tuvo dos hijos llamados Eteocles y Polinice y también dos hijas Antígona e Irmene. Muchos años habían transcurrido desde su matrimonio cuando se produjo en Tebas una peste que atacaba por igual a hombres y animales y que resistía a todos los recursos de la ciencia, a las plegarias y a los sacrificios. El oráculo, que era refugio común de los desgraciados, declaró que la Beocia no quedaría libre de tal calamidad hasta que el asesino de Layo fuese descubierto y arrojado del reino. Edipo que ignoraba el nombre y la calidad del anciano a quien en otro tiempo había dado muerte en la Fócide, ordenó que se practicaran las más escrupulosas investigaciones a fin de poder hallar al asesino de Layo, y éstas dieron por resultado aclarar tres hechos horribles: que el propio Edipo era el asesino señalado por el oráculo, que Layo era su padre y Yocasta su madre. La abrumadora revelación le causó una desesperación sin límites y, creyéndose indigno de ver la luz se sacó los ojos con la punta de su espada.

Expulsado de Tebas por sus dos hijos, se dirigió al Atica, falto de todo, durmiendo sobre la dura piedra y mendigando su pan de puerta en puerta. Acompañábase Antígona, su hija primogénita, guiando los pasos inciertos del anciano ciego y endulzando con tiernas caricias los horrores de su situación. Al llegar cerca de Colona, pueblecito vecino de Atenas, se internaron en el bosque consagrado a las Euménides, cuyo acceso estaba prohibido a los profanos. Algunos de los habitantes de la floresta, sorprendidos al ver allí al rey criminal, quisieron obligarle a abandonar el lugar y tal vez le hubieran muerto a fuerza de golpes si Antígona con dulzura y lágrimas no les hubiese movido a piedad. Edipo fue conducido a Atenas, y a la mansión de Teseo, quien le recibió afectuosamente y le dispensó una acogida hospitalaria acabando allí el resto de sus días.

Por otra parte, desde que Edipo abandonara a Tebas, su patria, había lanzado sus maldiciones contra Eteocles y Polinice, pidiendo al cielo que estos ingratos tuviesen que disputarse a mano armada el cetro que le arrancaban. Para prevenir los efectos de tales imprecaciones, los dos hermanos no quisieron gobernar a la vez y convinieron en que alternativamente por espacio de un año, uno de ellos se ausentaría de Tebas y que entre tanto el otro reinaría. Eteocles, que era el mayor, subió al trono primero, pero al llegar el tiempo convenido negóse a abandonarlo. Polinice enfurecido al sentirse engañado, se retiró a casa de Adrasto, rey de Argos; este le dio su hija en matrimonio y le prometió ayudarlo con dinero, darle un ejército y conducirla a la victoria. Tebas fue bloqueada por las tropas de Argos; sus yernos Polinice y Tideo, el adivino Anfíarao, Capaneo, Partenope e Hipomedón. Eteocles, por su parte, confió la defensa de las puertas de Tebas a igual número de hábiles generales. Después de diversos combates no decisivos, los dos hermanos decidieron acabar la guerra con un combate cuerpo a cuerpo entre ellos y a presencia de los dos ejércitos; en este duelo murieron uno y otro.

Elevado Creonte a jefe de gobierno, prohibió bajo pena de muerte, a todos los tebanos que dieran sepultura a los enemigos tendidos en el campo de batalla, y nadie se atrevió a contravenir la orden. Solamente Antígona, hermana de Polinice, menos sensible al temor de la muerte que al deseo de rendir homenaje a su hermano los honores fúnebres, burló la vigilancia de los guardias, salió de Tebas aprovechando la noche, buscó el cuerpo de su hermano y lo quemó. Sorprendida en tan piadoso oficio fue condenada a ser enterrada viva, pero ella se anticipó a su suplicio estrangulándose. Hemón, hijo de Creonte, que amaba a Antígona, precipitóse sobre el cadáver de la heroica princesa y allí mismo se dio la muerte a puñaladas.

SÓFOCLES

Sófocles, el más admirado de los poetas trágicos griegos, nació en Atenas, a fines del siglo V a.C.. Junto a Esquilo y Eurípides, representa el período culminante del teatro helénico. Su obra refleja el ideal griego clásico, hecho de medida y conocimiento de sí mismo. Autor de más de 120 tragedias, de las que sólo se conservan siete, y llamado el poeta de los dioses, Sófocles viene de sere, con vida y obra, un símbolo de la era de Pericles. Su gran preocupación por el hombre, permitió a sus caracteres teatrales adquirir una vida interior de la que Esquilo no había podido dotarlos.

Considerado durante siglos como ejemplo de la perfección artística, él es quizás el más complejo de los grandes trágicos. Más que en Esquilo y en Eurípides, el desarrollo dramático en Sófocles depende de la acción recíproca de los caracteres y la voluntad de los protagonistas: esta actitud humana es lo que confiere al héroe de la tragedia sofocleana una grandeza incomparable. Sófocles fue también el responsable de notables transformaciones en la evolución del teatro griego. Aunque respetó la línea de la tradición, él introdujo el tercer actor en la tragedia, elevó de doce a quince el número de miembros del coro, separó los dramas independientes de las tetralogías y ensanchó el campo de la acción dramática

La principal cualidad del estilo de Sófocles es su armonía, gracias a la cual es siempre elegante, rico en matices, poético, exacto y vigoroso en el diálogo. Todas las partes de sus dramas están perfectamente coordinadas y proporcionadas.

Edipo Rey escrita en la cúspide del genio creativo de Sófocles, constituye su obra más perfecta al tiempo que una de las mayores tragedias de la literatura universal. La figura de este personaje ha merecido especial atención de muchos escritores de diversos países y épocas.

Edipo rey, es el símbolo trágico de la voluntad humana en lucha contra la fuerza que no puede controlar ni entender, fuerza en que se combinan el destino de los personajes y el carácter de estos. En esta tragedia aparece el tema de la libertad individual: al mostrar cómo el carácter impulsivo y tenaz de Edipo lo guía a su propia ruina. Sófocles pone de manifiesto que el hombre es responsable de sus acciones. La profecía no es más que una anticipación divina de los hechos a los que los impulsos arrastran al personaje. La fatalidad se encuentra siempre presente en sus obras, pero el hombre, gracias a su libertad moral, lucha contra ella. Si bien en este combate él no sale triunfante, al menos despierta un gran interés humano y dramático hasta el momento final de la tragedia.

Por la estatura trágica de su personaje principal, la perfección de su forma teatral y la trascendencia de sus planteamientos, Edipo Rey constituye una de las obras más justamente admiradas de la literatura universal de todos los tiempos.

CONCLUSIÓN

Este trabajo fue muy interesante, ya que pudimos aprender algo más de la historia del teatro, para nosotras fue interesante aprender un poco más de las creencias religiosas griegas, y también el poder ver el gran interés que tenían los griegos por descubrir cosas de saber el por qué de todo.

Pero lo que más nos llamó la atención fue la capacidad de crear obras tan interesantes, que aún siguen en vigencia y que lograron llamar nuestra atención, por que nos logramos interiorizar en la lectura, imaginarnos la historia de Edipo Rey como si realmente estuviéramos ahí.

Para finalizar nos gustaría resaltar la importancia de la cultura griega para lo que este mundo es hoy en día

BIBLIOGRAFÍA

El mundo antiguo

Estudios Ciencias Sociales Séptimo grado Pág: 23

Ediciones Pedagógicas Chilenas

Santiago–Chile 1967

Los libros de la historia.

GRECIA

L.A. Podestá Costa.

Editorial Guillermo Kraft Págs: 173–178

Buenos Aires–Argentina 1946.

Mitología Griega y Romana

J. Humbert.

Editorial Gustavo Gili S.A. Págs: 68–75, 167–172

Barcelona– España 1958

ICARITO MINIBIOGRAFÍAS

Editorial Andina

Santiago–Chile 05–06–87 Pág: 672

813

15